

¿Tiene usted ya

el lujoso

ALMANAQUE

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

(cubiertas cartón y papel tela)

**para coleccionar las
postales del año 1924?**

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 36.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOCRÁFICA

N.º 134

50 cts.



SOMBRAS
QUE PASAN...

por
Ivan Mosjoukine
y Nathalie Lissenko

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción / Via Layetana, 12
Administración / Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 134

Sombras que pasan...

Comedia dramática insuperablemente interpretada por los afamados artistas rusos IVAN MOSJOUKINE y NATHALIE LISSENKO y del eminente artista HENRY KRAUSS

**FILMS ALBATROS
PARIS**

Superproducción extraordinaria.
exclusiva de:

**PRÍNCIPE FILMS S. Lda.
SAN SEBASTIÁN**

Concesionario para Cataluña, Aragón y Baleares.
José Cavallé - Aragón, 225 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LÉON MATHOT

SOMBRAS QUE PASAN...

Argumento de la película de dicho título

Comienza nuestra historia en Inglaterra; en un bello y risueño pueblecito que, por vivir en él felices y tranquilos todos sus habitantes, se llama Happyland (Tierra Dichosa).

En una hermosa quinta vivía, ya viudo y jubilado, el viejo profesor de Moral Evaristo Barclay, que dedicaba los ocios de su temprana vejez a la realización práctica de su teoría de la vida.

Su único hijo, Luis, era, por decirlo así, el "triunfo" de su método; la demostración viviente de la excelencia de su lema: *Mens sana in corpore sano* (Un espíritu sano en un cuerpo sano).

Padre e hijo se adoraban y a su vez idola-

traban a quien más a Alicia, la cariñosa nuera del primero y amantísima esposa del segundo.

En tanto que los dos hombres se dedicaban a los quehaceres propios de una granja, su cara y deliciosa Alicia condimentaba con sus



...Alicia condimentaba con sus finas manos el sabroso yantar.

finas manos el sabroso yantar.

—¡Eh, Luis! ¡Andando, que la cena ya debe estar en su punto!

—A la orden, mi coronel. El toque de rancho es mi favorito.

—Mira cómo Alicia sale a darnos la bienvenida. Como siempre: alegre, afectuosa, sonriente. ¡Qué tesoro de mujer!

—¡Hola, guapetona mía!

—¡Hola, trabajadores! Haz el favor, Luis, de imitar a papá: límpiame esas botas fangosas antes de entrar en la casa. Pero ¿dónde te has metido para volver así? ¿Caminaste por charcos?...

—Eso habrá sido, sin darme cuenta. Mira ahora: no brillan mis pies... porque no hay sol. En cuanto a mi rostro, échele usted agua para desjabonarlo, padre. ¡Demonio, no pierda usted el pulso! Me inundó usted hasta los bajos.

—¡Una ducha tonifica los nervios, caramba!

—¡Pero no así, córcholis!

—Si chistas, te dejo *knock-out*.

—Eso se habría de ver.

—Prueba, si quieres.

Y padre e hijo, jugando cual dos muchachos, hicieron un arbitrario combate de boxe.

Después de ese ejercicio que cerraba el trabajo de la jornada, la buena mesa cuidábase de ordenar los estómagos.

El eje de los tres era el padre, cuya risa animaba la casa toda, bajo la influencia de su más completa felicidad.

Los venturosos días de aquella familia te-

nían como epílogo una apacible velada en la que cada cual se entregaba a su entretenimiento favorito.

Luis arrancaba al piano una sentimental melodía...

Don Evaristo leía la educadora obra "Silvio o la vida en los bosques"...

Y Alicia, con un canasto de labores sobre su regazo, cosía ropita...

El buen padre levantó los ojos del libro y extrañóse agradablemente al ver lo que estaba haciendo su nuera.

—Supongo que estas chambritas no serán para mí ni para tu marido...

Alicia ruborizóse.

—¡Papá!—musitó.

El viejo profesor sonrió con amplitud, miró con inefable ternura a Alicia, la atrajo contra su noble pecho, le rodeó el suyo con un brazo, y así, cariñosamente abrazados la futura madre y el futuro abuelo, contemplaron, satisfechos de vivir, a Luis, entregado a su pasión favorita: la música.

—¡Qué alegría, Alicia querida, vas a dar a este viejo!... ¿Será un varón?

—...¡Yo qué sé, papá!

—Sea lo que fuere, mis brazos le esperan ya.

Todas las mañanas, Alicia y Luis iban a bañarse. Se dirigían a la cercana playa a ca-

ballo. Resultaba algo más que original ver galopar a dos jinetes en traje de baño.

Cierta mañana, el cartero del pueblo llamó a Luis desde la orilla del mar, pues en él estaba el requerido, con Alicia, y le entregó una carta dirigida a su nombre.



—Supongo que estas chambritas no serán para mí ni para tu marido...

—¿De quién es?—preguntó Alicia a su marido.

—¡De un notario de París!

Mientras el cartero se alejaba hacia su obligación, volviéndose más de una vez para re-

crear su vista en recorrer las ondulaciones del cuerpo de Alicia—Venus recién salida del agua—, Luis abrió la carta y leyóla para sí y para su esposa.

Decía el escrito:

C. Daval

Notario

127, Rue de la Paix

París

Sr. don Luis Barclay

Happyland

(New Forest) Inglaterra.

Muy señor mío:

Tengo el honor de manifestarle que su abuelo materno, don Jorge Lamarche, ha fallecido, instituyéndole a usted, en virtud de testamento protocolizado en esta mi oficina, heredero universal de toda su fortuna, evaluada en veinte millones de francos aproximadamente.

Con objeto de poder llevar a cabo todas las formalidades necesarias para ponerle a usted en posesión de su herencia, ruégole se sirva presentarse personalmente en esta su casa, con los documentos necesarios para identificar su persona, debidamente legalizados.

Aprovecho gustoso la ocasión para ofrecerme de usted atto. y s. s.

q. e. s. m.

C. DAVAL.

Alucinados por la noticia de oro, los jóvenes esposos se abrazaron efusivamente. El muerto—pensaban ellos—había tenido una gran idea...

Al triple galope regresaron Luis y su mujer a su casa, y se presentaron—en traje de



—*Sea lo que fuere, mis brazos le esperan ya.*

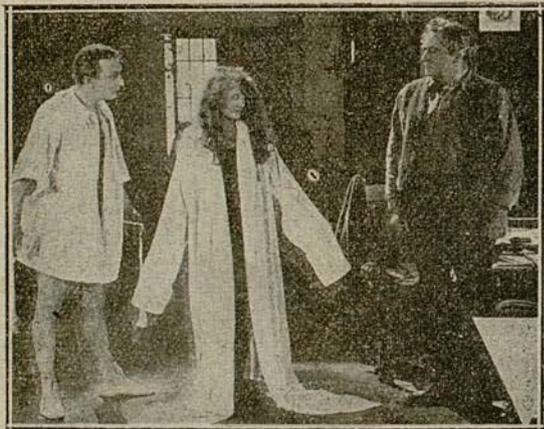
baño, tal como llegaron de la playa—ante su padre.

—¡Ya se murió!—exclamó Luis con gesto de triunfo.

—Pero, ¿quién?... ¿Quién es el muerto?

—¿Quién ha de ser? ¡Mi abuelo!... ¡El padre de mi madre!

El viejo profesor sintió en el alma la funesta nueva y antes de reaccionar se mantuvo un rato silencioso. Luego, adoptando un rostro muy severo, objetó a sus hijos:



... no podía decirse que se habían vestido...

—¡Ante todo, más pudor! Vestíos correctamente; después, venid, y hablaremos.

Así, sorprendidos por el reproche, lo hicieron Luis y Alicia, pero a pesar de todo no podía decirse que se habían vestido...

Don Evaristo, impaciente por conocer el

motivo del desconcierto de su hijo, que se le había contagiado a Alicia, no los mandó de nuevo a sus habitaciones para que se computaran con más respeto.

—¿Cómo sabéis que vuestro abuelo ha fallecido?

—Lea usted esta carta.

El padre se enteró de la misma y de nuevo censuró el regocijo de Luis y de su nuera.

—Es cierto que el trato con vuestro abuelo no fué de los que no se olvidan, y que tú, Luis, no has podido nunca aprender a amarle como a un pariente de su categoría corresponde. Sin embargo, su última voluntad ha sido para ti por entero, y ese rasgo, si no su recuerdo, debía haberte emocionado con lágrimas y no con risas. Comprendo que tu joven cerebro se ha exaltado con el brillo de tanto oro, pero bien sabes que las fortunas son inútiles si no se emplean en altos fines. Sin ese dinero que a ti te llega como por obra de magia, habrías podido vivir sin zozobra, cuidando de nuestra hacienda de la mañana a la noche, hasta el fin de tu vida. ¿Qué vas a hacer con esos millones?

—¡Vivir mejor!

—La vida sólo es buena cuando uno sabe vivirla. Hoy, nadie es más feliz que nosotros. Yo, por nada cambiaría la dicha de que ae-

tualmente disfrutamos. De modo que, Luis, ya hablaremos detenidamente a tu regreso de París, a donde debes ir en seguida.

—¿Hoy mismo?

—Sí. Tienes tiempo de sobra.

—Pero... ¿tardará mucho en volver, papá?

—Tres... cuatro días a lo sumo, hija mía.

—¿No podríamos ir con él?

—No es conveniente, Alicia... porque entonces no volvíamos en uno o dos meses, y esto no se puede abandonar.

Luis se preparó para el viaje. Compró el mejor traje de luto que había en la sastrería del pueblo, un hongo, y el resto hasta convertirse en un figurín... pueblerino.

Don Evaristo y Alicia—ésta muy tristonza—confeccionaron una magnífica corona de flores naturales, colocándola en una caja jaula, para que Luis pudiera llevársela a París, a fin de depositar el sentido homenaje de la familia de Happyland a la memoria y sobre la tumba del abuelo.

La aparición de Luis, vestido de elegante, ante su padre y su mujer, causó impresión.

—¿Qué os parezco?

—Bien, hijo mío, bien.

—No parece sino que haya nacido para señorito, ¿verdad, Alicia?

—Yo lo que quiero es que no tardes en volver.

—Debemos apresurarnos, muchachos. Dentro de una hora hemos de llegar a Dover para alcanzar el vapor que zarpa para Calais. Mientras engancho el caballo, haz el favor,



—¿Qué os parezco?

—Bien, hijo mío, bien.

Luis, de cargar esa corona en el carruaje.

—Pero ¿para qué es eso?

—Para tu pobre abuelo.

—¿Eh? ¿Cómo voy a llevar ese armatoste?

—Embarcaremos la jaula en Dover hasta

Calais. De Calais a París la facturas, y ya en París, un taxi te conducirá al cementerio, allí un empleado te acompañará a la tumba del difunto, y lo demás corre de tu cuenta, según lo que te dicte tu conciencia.

—¡Sí que son ganas de *cargarme*, padre!
¿Por qué no comprar en París unas flores y...?

—No tendrían, para el caso, el mismo valor que las de aquí.

Por no disgustar a su padre, Luis fingió reconocer que debía llevarle a la tumba del abuelo algo de Happyland que le *hablase* de ellos, y una hora después, con su padre y su esposa, llegaba a Dover en el preciso instante en que el vapor iba a soltar sus amarras.

Luis, a espaldas de su padre, se dirigió a los dos mozos de la Compañía a quienes don Evaristo había encargado que cargasen la corona a bordo, y les dijo:

—Me prestarán ustedes un señalado servicio si se "olvidan" de embarcar esa maldita corona... ¡Doblaré la propiña!

Los empleados habrían complacido a Luis, pero don Evaristo, después de despedir a su hijo, vigilaba a aquéllos, y forzosamente la jaula siguió al nuevo millonario, causándole horror.

Alicia recomendó por centésima vez a Luis que regresara pronto a su lado, y el vapor

sureó las aguas con progresiva rapidez. Don Evaristo y su nuera no levantaron pie del puerto hasta que el buque no era más que un punto en el ocaso.

*
* *

Algunas horas más tarde, Luis hacía su entrada en París, por la Estación del Norte, con su monumental corona, llamando poderosamente la atención al público.

Tal como su padre se lo aconsejara, Luis tomó un taxi—para él y el armatoste—, pero en vez de dar como destino el cementerio, dijo al *chauffeur*:

—Condúzcame al hotel donde usted se alojaría si fuese millonario.

El buen hombre sonrió escéptico y a poco el *auto* deteníase frente al Hotel Imperial.

Al ir a pagar el trayecto, el *chauffeur* pasóse al leer en el indicador del precio una suma insignificante.

—¿Cómo es esto posible? ¡Si otras veces, desde la estación del Norte hasta este barrio, he cobrado tres veces más!

—Calle, hombre, calle; ahora comprendo: en camino he subido y bajado la banderita en que está escrito *Libre*.

—¡Qué gracioso, hombre!

—No se apure. ¿Hace con veinte francos?

—El señor es muy amable.

Arreglado el incidente, Luis entró en el imperial hotel. Un mozo cargó sobre sus espaldas la jaula.

Los *botones* formaron alrededor de Luis, sin poderse aguantar la risa cuanto más le miraban.

Algunos clientes tampoco pudieron contener la gracia que Luis les hacía, y éste, sonriendo también, pensó:

—¡Pero hombre, qué risueños son estos franceses!

Sin embargo, como seguía el pitorreo, Luis

se volvió a los *botones* y algún que otro empleado, y les soltó esta frasecita:

—¡Ya me va cargando a mí tanta risita! ¡A ver si voy a tener que ponerle a uno las narices como una remolacha!

Ni que decir tiene que buen cuidado tuvieron todos de no reírse más.

El administrador, a su vez sorprendido ante el aspecto verdaderamente original del nuevo cliente, se puso a sus órdenes para que fuera atendido.

—¡Deme usted el mejor departamento que tenga!

El administrador condujo a Luis a las más lujosas habitaciones del hotel, y en ellas entró aquél entre dos filas de *botones*, precedido del mozo con la consabida corona.

—¿Le gusta al señor quedarse aquí?

—¡Bien! Si no tiene usted nada mejor...

Al retirarse, el administrador, sí que también los empleados, se preguntaban:

—¿Quién será este tío?

.....

A partir del día siguiente, Luis olvidó en absoluto a su abuelo, y ocupóse sólo de su herencia.

El notario Daval fué a visitarle al hotel y Luis firmó el siguiente documento:

He recibido de don C. Daval, notario de Pa-



—¡Bien! Si no tiene usted nada mejor..

ris, la suma de un millón de francos, a cuenta de la herencia de mi abuelo.

LUIS BARCLAY.

—Ya sabe que me tiene usted a sus órdenes, señor Barclay—añadió el notario—, para toda clase de operaciones financieras. Dentro

de un par de semanas tendrá usted a su disposición el saldo de diez y nueve millones.

—Muchas gracias. Esperaré todo ese tiempo, si es que no puede usted activar antes este asunto.

—Lo intentaré, desde luego, señor Barclay.

Al ir a salir del hotel el notario, el administrador le salió al paso para preguntarle quién era Luis, a lo que repuso aquél:

—No se dejen ustedes engañar por las apariencias. Ese joven inglés entrará en posesión dentro de pocos días de una herencia de muchos millones.

—¡Caramba, caramba! ¡Quién lo diría!

John Pick, un misterioso personaje inglés que frecuentaba el hotel, pidió al citado administrador informes relativos a Luis, y supo por su conducto la noticia de su herencia.

La nueva corrió entre la dependencia, y las risitas se trocaron en admiración y deseos de recibir propinas.

Luis, *forrado* de billetes de banco, se presentó en el *restaurant* del hotel, dispuesto a comer opíparamente.

*
* *

Residía por entonces en París una famosa aventurera italiana a quien todos conocían por la duquesa Natalia del Sorio.

El inglés John Pick la telefonó a su casa desde el hotel.

—Necesito verla en seguida en el Hotel Imperial. ...¿Que no puede?... ¡Oiga!... Es urgente que nos entrevistemos. Créame usted, Natalia: se trata de una de aquellas ocasiones que sólo se presentan una vez en la vida. ¡No debemos dejarla escapar! ...Eso es. ¡Venga usted, que aquí la espero!

Después de esta comunicación con la aventurera, Pick dijo a un camarero, que procuró alcanzar cerca de la mesa que ocupaba Luis, para que éste oyese el encargo:

—Haga usted el favor de reservar esa mesa para la duquesa del Sorio.

Luis abrió los ojos al oír el título y miró frente a sí a dos encantadoras francesas que comían en otra mesa, y que, considerándole un asno cargado de brillantes, le dirigían picaruelas miradas.

Pick, en puro inglés, dijo a Luis, a quien se presentara antes como compatriota:

—¡Desconfíe usted de las sonrisas seductoras de las damas parisinas!... Es un consejo desinteresado.

Luis tuvo en cuenta a su manera tal advertencia, pero cuando más renunció a recibir miradas de las francesitas, fué al aparecer la Duquesa.

La espléndida belleza de la aventurera y su provocadora indumentaria, soliviantaron a Luis.

A pesar de sus esfuerzos en atraerse siquiera una sola vez una sonrisa de la hermosa, la Duquesa dió muestra de absoluta frialdad.

Al terminar la comida, Luis sentía en su cerebro los efectos del champaña.

Afanoso de conocer a la Duquesa, solicitó a su compatriota Pick que lo presentase.

El cómplice de la aventurera comprendió que la cosa iba por buen terreno, y que lo mejor era colocar a la Duquesa en una esfera

muy alta, para que Luis deseara con más empeño igualarse, con su fortuna, a ella.

He aquí lo que le contestó:

—¡Oh, cuánto lo lamento, mi querido compatriota! Pero me es imposible presentarle a ella... La Duquesa no quiere crearse nuevas



La espléndida belleza de la aventurera y su provocadora indumentaria, soliviantaron a Luis.

relaciones.

Luis se quedó, pues, con la ilusión.

Poco después, a la hora del café, Luis provocó un incidente a causa de su ignorancia de

las bebidas modernas que requieren canutillos para sorberlas, y como quiera que un caballero se reía de sus gansadas, lo abofeteó soberbiamente.

—¡Calma, yo se lo suplico! Se trata de uno de nuestros mejores clientes...—intervino el administrador muy diplomáticamente.

El ofendido—que resultó ser el primer violinista del hotel—se resistía a dejar la cosa tal como estaba, pero, al fin, cedió a la súplica del encargado.

Luis, a solas con el administrador, le preguntó intrigado:

—Pero, ¿de qué se reían esos imbéciles? ¿Tengo yo, por ventura, monos en la cara?

—¿Quiere usted que le sea franco?

—Con decirle que yo lo soy...

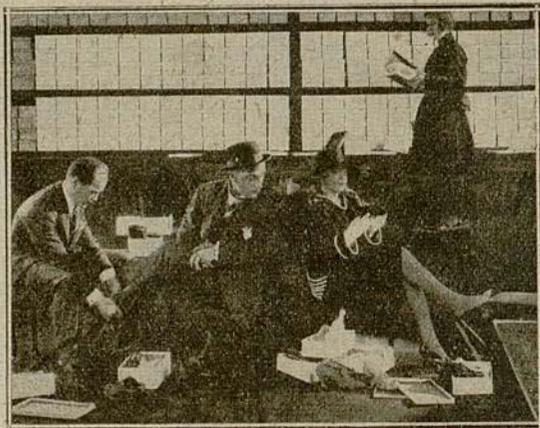
—Pues bien... En su interés, caballero, me permito aconsejarle que modifique su indumentaria cuanto antes... He aquí la dirección del mejor sastre de París. Dígale usted que yo le recomiendo.

Luis leyó la tarjeta que le entregara el administrador, en la cual estaba impreso: *DOSÉN. Sastre—Plaza de Vendôme, 10—París*, y decidido a convertirse en un verdadero *gentleman*, visitó la academia de baile, el taller de sastrería, el obrador de calzado, el salón de

peluquería... hasta quedar convertido en un perfecto *dandy*.

Y entretanto, su tierna y adorable mujercita se consumía de tristeza en la bella Happyland sin la menor noticia de su maridito.

La aventurera y los dos ladrones de frac



...decidido a convertirse en un verdadero gentleman...

cuyos planes secundaba: John Pick, uno de ellos, y el seudo barón T. Yonesko, el otro, celebraron sendas conferencias para preparar el apreciable negocio con el pueblerino millonario.

—¡Necesitamos a todo trance la fortuna de ese simple, y en sus manos de usted está el que la obtengamos!

A la Duquesa no parecía encantarla la nueva empresa...

*
* *

Por fin, llegó el día solemne de entrar en posesión de los millones.

Luis, completamente transformada su parte física gracias a la nueva indumentaria, pero con la misma dosis de ingenuidad en su alma, depositó en el Banco, guiado por el notario, su inmenso capital.

John Pick, que seguía a Luis sin que éste lo notara, le esperó a la salida del establecimiento financiero, y simuló un grato encuentro.

—¡Qué casualidad! ¿Qué, se ha cobrado ya íntegra la herencia?



—*¡Necesitamos a todo trance la fortuna de ese simple...!*

—En efecto; todo está ahí dentro.

—¡Bien, hombre: sea en hora buena!

—Muchas gracias.

—Ahora, como usted no conoce París y aquí hay tanta canalla, le voy a recomendar

eficacísimamente a un eminente y honrado financiero para el empleo de sus capitales... por si le interesa consultarle... He aquí su tarjeta. Es el barón Yonesko, persona muy distinguida en la buena sociedad.

—Se agradece la indicación. ¿Querrá usted comer conmigo luego?

—No se lo aseguro, pues no sé si podré ir hoy al hotel.

—Ya sabe usted cuál es mi mesa.

—Reconocido de antemano. Adiós.

Se separaron. Y sin sospechar un instante de la recta intención de su compatriota John Pick, Luis Barelay presentóse a la mañana siguiente en la casa del barón Yonesko.

El cómplice de Pick y de la aventurera, había preparado una digna recepción al pueblerino. Dos lindas mujeres que representaban, una el papel de esposa y la otra el de hija, se encargaron, al serle presentadas, de magnetizar a Luis con su turbación sentimental.

El multimillonario era, en cuestiones de faldas, débil e inexperto como un pobre colegial; pero cuando se trataba de dinero sabía perfectamente dónde le apretaba el zapato.

Los negocios propuestos por el Barón, no lograron convencerle.

A fin de tenderle una nueva red, el seudo noble le dijo, al despedirse Luis:

—Aunque no hayamos podido ponernos de acuerdo en lo relativo al negocio, espero que no me negará usted el favor de honrar mañana con su presencia nuestro baile.

La esposa y la hija—en la comedia—del apócrifo Barón, salieron a saludar al visitante que partía, y lo hicieron desde la puerta de dos habitaciones:

—Caballero...

—Señoras...

—Esa puerta conduce a la antecámara...—dijo a Luis el Barón, señalándole a su “esposa”.

—...Y aquella otra al jardín—añadió mostrándole a su “hija”.

Las dos mujeres pusieron sus ojos en los de Luis que, desconcertado, siguió a un criado hasta la puerta de la calle.

Mientras, el Barón daba instrucciones a la Duquesa, que con John esperaba oculta en la casa.

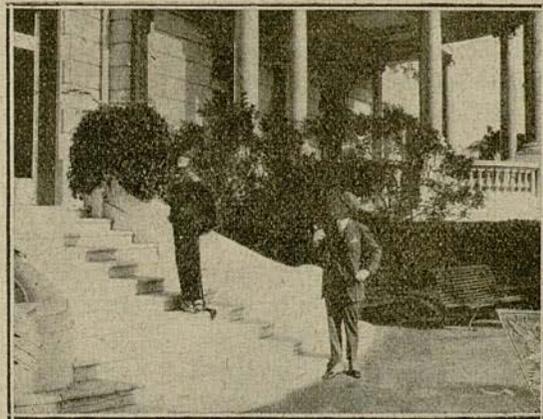
—Salga usted, Natalia, y hágase la encontradiza.

La aventurera dió la vuelta al jardín que rodeaba la quinta, y se cruzó con Luis, que la miró con intensa pasión.

—Si la Duquesa conoce al Barón, es casi

seguro que ella no faltará a la fiesta que él organiza mañana en sus salones. No faltaré—decíase el enamorado alejándose camino del hotel.

De regreso Natalia entre sus cómplices, no pudo menos de exclamar:



... se cruzó con Luis, que la miró con intensa pasión.

—Conseguí que se fijara mucho en mí, ¿no es cierto?

—Puede usted considerar a ese necio bajo su yugo, Natalia—opinó el Barón.

—Está chiflado por usted—aseguró John Pick.

—¡Y a mí me gusta una atrocidad!

Los dos caballeros de industria cambiaron una mirada de inteligencia.

Y habló el Barón:

—Si le gusta, se echa usted un nudo en el corazón. ¡Estaríamos lucidos si fuera usted a andarse con sentimentalismos!

Y el segundo cómplice:

—El éxito depende solamente de usted. No vaya a cometer una tontería. ¡Si fracasamos, toda la responsabilidad recaerá sobre usted!

—No alarmarse... Ya veremos lo que se hace...

Entretanto, cada vez que pasaba el cartero de Happyland, sufría la pobre Alicia un nudo y más amargo desencanto.

—¿No hay carta, Bautista?

—A ver... espere... No hay nada...

Siempre lo mismo.

Don Evaristo notó la tristeza de su nuera, su desmejoramiento desde la ausencia de Luis, y decidió acabar con aquella inexplicable situación a la mayor brevedad posible.

—Hija mía, no te aflijas, y prepara el equipaje, que vamos a buscar a tu marido.

—¿De veras, papá?

—Si tú deseas, con sobrada razón, saber lo

que está haciendo Luis en la ciudad de los peligros, yo ardo en el mismo fuego. Saldremos mañana mismo.

—¡Oh, sí, sí!

.....

La fiesta con que, al día siguiente, obsequió el barón Yonesko a sus numerosas y distinguidas relaciones, estuvo realmente espléndida...

Luis, en elegante traje de ceremonia, miraba de un lado a otro de los salones.

Esperaba a la Duquesa.

John Pick, acercándosele a la mesa en torno a la cual, solo, estaba sentado Luis, para contemplar, sorbiendo *champaña* el baile artístico anunciado, le preguntó malicioso:

—¿Busca usted a alguien?

—No... no conozco a nadie... ¿A quién quiere usted que busque?...

Súbitamente, apagáronse las luces de los salones, un poderoso foco iluminó la improvisada escena, y ante los ojos de Luis apareció,



El eje de los tres era el padre, cuya risa animaba la casa toda...

majestuosamente hermosa, la Duquesa, como primera bailarina en aquella velada.

Pick sonreía desde lejos a su cómplice el Barón al ver el asombro que causó la visión de la aventurera a la presunta víctima.

—Es su amiga, ¿no?—dijo Luis a su com-



... apareció, majestuosamente hermosa, la Duquesa...

patriota.

—Sí... Es la Duquesa. Encuentra mucho placer en figurar en sociedad, y sus danzas tienen fama de brillantes por los críticos más exigentes.

—Es un encanto de mujer.

—Nadie ha llegado a comprenderla. No se le conocen amores...

—No debe faltar quien la codicia.

—Precisamente por su soberbia en el trato con los hombres es por lo que muchos se desviven en intentar rendirla, sin conseguirlo. Es un enigma.

Luis sorbía copa tras copa del espumoso zumo para apagar la sed abrasadora que la Duquesa, con su popularidad de desdén a los hombres, avivaba de un modo inaguantable, y no perdía el menor de sus rítmicos movimientos.

Eso era fatal. La figura gentil, grácil y voluptuosa de la aventurera, acabó de enloquecer al vehemente pueblerino.

A aquella misma hora llegaban a París la amante esposa y el severo padre del ingenuo millonario.

Desconociendo su paradero, dirigiéronse a la casa del notario para pedírselo.

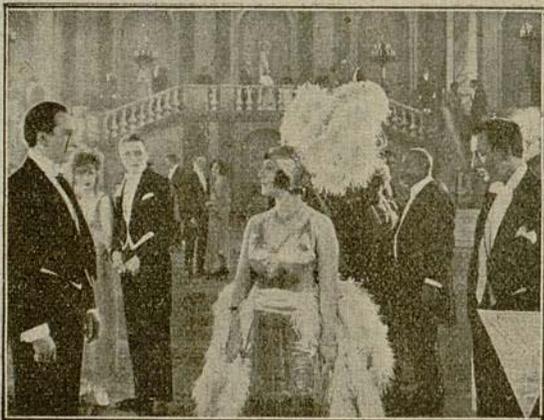
Por el mismo supieron dónde Luis se hospedaba y se hicieron conducir al Hotel Imperial.

Entretanto, después del baile, Luis rogó nuevamente a Pick que lo presentara a la hermosa Duquesa.

—Ya tuve el sentimiento de decirle, en otra ocasión, querido compatriota, que esa dama

no quiere nuevas amistades... pero, para que usted vea que procuro complacerle, intentaré hacer lo que usted me pide. Precisamente había aquí viene la Duquesa.

Luis se puso en pie frente a Pick, al tiempo que éste hablaba a la atrayente mujer.



—Perdone, Duquesa, que me permita, excepcionalmente, presentarle a mi compatriota Luis Barclay...

—Perdone, Duquesa, que me permita, excepcionalmente, presentarle a mi compatriota Luis Barclay, que tiene grandes deseos de conocerla.

Luis, estimulado por el champaña, no se intimidó y supo corresponder, con la mayor firmeza posible, a la mirada de la Duquesa.

—Caballero...—dijo ésta con aparente frialdad a Luis, alargándole una mano, que él besó.

—Duquesa... Gracias por el honor que se digna usted concederme.

—Por honor no di jamás mi mano... Sólo fué por indiferencia... o simpatía...

—Por lo que conmigo haya sido, gracias

Pick invitó a su cómplice a sentarse a la mesa de Luis, con ambos, aceptando ella.

Luis se hizo de nuevo con el champaña, para darse ánimos ceréa de la Duquesa.

A un gesto suyo, aunque de muy mala gana, Pick se separó de su cómplice y de Luis, reuniéndose con el Barón y sus sendas esposa e hija.

—¿Por qué los dejaste solos?—inquirió el Barón.

—Natalia me hizo signo de que me fuera. Vacilé entre obedecerla y quedarme, pero comprendí que tal vez es mejor que se las componga a solas con él. Todo va bien. El está más borracho que una cuba. Si a Natalia no la traiciona el corazón, seremos todos ricos. ¡Hay que estar sobre aviso!

La Duquesa no era la misma mujer que arruinara, sin piedad, a más de un potentado

preso en la sutil red de sus encantos. Delante de Luis, que la contemplaba con ojos húmedos como a una fantástica ilusión viviente, adorándola con toda su alma, aquella mujer sentíase buena y dulce. Cada vez que su mirada se cruzaba con la de cualquiera de sus cómplices, volvía a su pensamiento el compromiso de robar a Luis, con sus malas artes, su fortuna, y luchaba con esa idea, apartándola avergonzada...

Envalentonado por el vino, Luis perdió su timidez delante de la codiciada mujer, y en vista de que ella toleraba sus insinuaciones amorosas, ingenuamente expresadas, tal que besar la flor que llevaba prendida en el ojal de su frac y dársela, llegó a decirle:

—Duquesa... ¡Yo la amo a usted con todo mi corazón!...

—No vaya usted tan lejos... A este paso...

—¿Por qué se ríe usted?... No crea que mi pasión ha prendido hoy en mi alma. Desde la primera vez que la vi, hace unas dos semanas, su querida imagen nunca se apartó de mí.

—¡Bah! El champaña es muy hablador...

Por su parte, don Evaristo y su nuera llegaban al Hotel Imperial. Recibióles el administrador. Preguntado éste acerca de dónde se encontraba Luis, respondió:

—El señor Barclay se encuentra en una

fiesta que se está celebrando en la quinta del barón Yonesko.

—¿Tendría usted la amabilidad de darme las señas de esa casa?

—Avenida de los Campos Elíseos, 257 bis.
Don Evaristo consultó a su nuera con la



—*Espérame tú aquí. Vuelvo en seguida... con él.*

mirada, para ver el efecto que le había producido la noticia de lo bien que sabía divertirse Luis olvidándose de su familia, y terminó por decirle:

—Espérame tú aquí. Vuelvo en seguida... con él.

Ajeno a lo que se preparaba, Luis venía cada vez más la ya escasa resistencia que quedaba en el corazón de la Duquesa.

Tal cariz tomaron los atrevimientos de Luis y las concesiones de la Duquesa, que los cómplices, iracundos, temían perder la paciencia.

Pick se separó del Barón, diciéndole:

—Esta mujer se encapricha con mucha facilidad, y es muy capaz de aguardarnos el negocio. Voy a darle un toque de atención.

Pero, al presentarse a la enamorada pareja, la Duquesa aceptaba bailar con Luis, y Pick no pudo oponerse.

Estrechándola contra sí, Luis murmuraba inspiradas frases de amor a la Duquesa, que se abandonaba a la esperanza de lograr el goce del verdadero amor...

Mas, cuando la fiesta había alcanzado su mayor esplendor, don Evaristo, forcejeando con los criados que le interceptaban el paso, apareció impetuosamente en los salones en fiesta.

—¡Mi padre!—exclamó Luis.

Intentó la fuga. La garra paterna se lo impidió.

—¡Nada de titubeos ni protestas aquí! ¡Va-

mos a escape al hotel, que te está esperando Alicia!

Esa escena produjo gran revuelo entre los numerosos invitados.

En cuanto al Barón y Pick, encerráronse con la Duquesa en una habitación, y aquéllos acordaron:

—Es preciso sustraerlo sin pérdida de momento a la pernicioso influencia de su padre; de lo contrario, todo está perdido.

La Duquesa, dolorida por el desengaño de su primer amor, tomó una inquebrantable determinación, contestando a sus cómplices:

—¡Basta! Ya estoy cansada. ¡Os desprecio y aborrezco! ¡Me marcho para siempre!

—¡No, eso no lo conseguirá usted!—la amenazó Pick encarándole el cañón de un revólver.

—¡Pensáis intimidarme? ¡Pues bien, Pick: si avanza usted un paso, llamo a los invitados y digo quién es usted realmente!

Los cómplices de la Duquesa no la pudieron seguir, paralizados por el temor de ser descubiertos, y Luis—que con su padre discutía en el vestíbulo de la morada—la vió huir hacia la calle.

—¡Vamos, hijo mío! Alicia se muere de pena—suplicaba a Luis el buen padre.

—No, padre, no... ¡He aquí un cheque de todo el dinero! ¡Tómelo, y déjeme en paz!

Tras de esto, apresuróse a alcanzar a la mujer por la que estaba ciego. La detuvo en las gradas de una puerta lateral del edificio.

—Duquesa, no me abandone usted. Mi vida



—Duquesa, no me abandone usted. Mi vida toda le pertenece.

toda le pertenece.

—No, Luis... Fué un rato delicioso... que debemos olvidar... ¡Tengo inevitablemente que abandonar París!... ¡No trate usted de seguirme!

Sin darle tiempo de contestar, Natalia subió a su auto, cerrándole la portezuela a Luis.

Dispuesto a no perder a la Duquesa, Luis sentóse sobre la gasolinera de la parte posterior del coche, y así pudo seguirla hasta su casa.

Al apearse Natalia, Luis se ocultó lo bastante para no ser visto por ella ni por el *chauffeur* y oyó lo que le decía a éste:

—Vaya al punto al garage y tome otro automóvil. Partiremos al punto para Niza. Debo tomar el vapor que zarpará mañana para Córcega... ¡No hay que perder un instante si hemos de llegar a tiempo!

Al desaparecer hacia su casa la Duquesa, Luis descubrióse al *chauffeur*, y le hizo la siguiente proposición:

—Soy un buen amigo de la Duquesa, y tengo mucho interés en evitarle que sufra. ¿Quiere usted llevarme a Niza de ayudante?

El *chauffeur* miró de hito en hito a Luis, pero éste añadió a su demanda un billete de quinientos francos, con promesa de otro igual al término del viaje, y la elección no resultaba ya dudosa.

Un cuarto de hora después, la Duquesa era recogida por el auto preparado para el largo trayecto París-Niza, y Luis iba de ayudante.

Don Evaristo regresaba, en tanto, descora-

zonado al hotel, encontrando en él, profundamente dormida, a Alicia.

—¡Hija mía!—pronunció él tocándola en un hombro.

—¡Ah! Me dió un sueño... ¿Y Luis, padre?

—Ya te contaré, Alicia, ya te contaré.



... encontrando en él, profundamente dormida, a Alicia.

—¿No le vió usted aún? ¿Le ha sucedido algo malo?

—Calla, hija mía, calla... Haré que nos conduzcan a sus habitaciones y allí hablaremos. Acreditando su identidad de padre y espo-

sa, respectivamente, de Luis, don Evaristo y Alicia fueron introducidos en los cuartos ocupados por el loco millonario.

La corona destinada al abuelo yacía, completamente marchitas sus flores, en un rincón.

—¡Qué profanación!—clamó el indignado padre.

Mientras Alicia, presa de mortal zozobra, obligaba a don Evaristo a revelar la verdad, Pick y el Barón llegaban en auto a la casa de la Duquesa, enterados de la desaparición de Luis, y suponiendo que estaba con ella.

Por la doncella de su cómplice supieron los miserables a dónde iba la aventurera, y el odio de éstos arreció ante el supuesto hecho de traición...

Y entretanto, por el camino de París a Niza corrían, devorando las distancias los otros personajes de esta historia que, al romper el día, llegaron a Niza, la perla del Mediterráneo.

Al apearse Natalia del auto, dió este encargo a su *chauffeur*:

—Envíe usted al punto un telegrama a Ajaecio, al Castillo del Nido de Aguilas, anunciando mi llegada.

Luis anotó en un carnet esa dirección, y después de cumplir con el *chauffeur*, embarcóse detrás de la Duquesa.

Cuando el sol tocaba ya a su ocaso, el buque que conducía a Natalia y Luis hacía su entrada en el puerto de la bella capital de la Isla de Córcega.

La prudencia aconsejó a Luis no ser brusco, y para preparar su aparición ante la Duquesa, pidió albergue en una masía por algunos días.

Como la indumentaria del forastero era verdaderamente estrafalaria, pues iba aún vestido de etiqueta, y con una gorra y una amplia americana, el hombre a quien pidió hospitalidad en su casa, se echó a reír.

—Tranquilícese, amigo: no habla usted con un loco, sino con un enamorado cuya dicha pende de las manos del hada misteriosa que habita esa mansión.

—Siendo así...—comentó risueño el buen hombre.

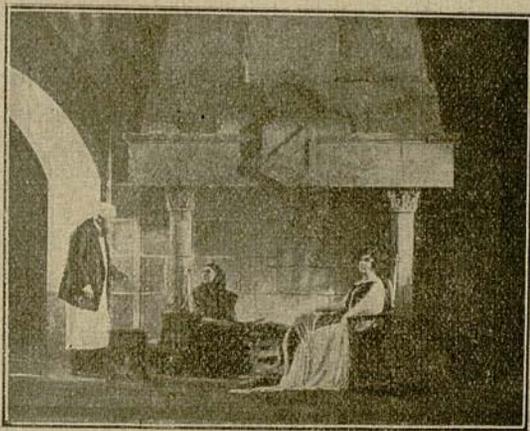
Gracias a haberles caído en simpatía, los honrados y hospitalarios campesinos acogieron a Luis con verdadero cariño, prodigándole toda suerte de atenciones y cuidados.

Desde la habitación que le habían aquéllos reservado, podía Luis ver, perdido entre las montañas, sobre el más escarpado de sus picos, donde alzábase, cual verdadero nido de águilas, el castillo de este nombre.

—¿Qué estará haciendo ella ahora?—preguntábase Luis.

Natalia estaba triste.

En la tranquila calma y soledad de su viejo palacio, acudieron a la mente de la Duquesa las figuras que más habían influido en su



Natalia estaba triste.

última resolución: unas, para atormentarla; otra, para hacerle sentir nostálgico pesar...

Y en el silencio de la noche umbría, sólo turbaba el plácido silencio del mar que baña a Ajaccio el confuso rumor de un veloz avión...

En el hogar de los campesinos que acogie-

ron en su seno a Luis, reinaba la más dulce armonía.

Luis no parecía el mismo vestido al estilo de los corsos labradores. Había juzgado oportuno transformarse a fin de evitar los comentarios de la gente.

El hombre de aquel rincón familiar dijo a su huésped, después de la velada:

—Ya cerró bien la noche. ¿Quiere usted que le muestre el camino que conduce al castillo?

—Sí ello no es molestia para usted, vamos...

Luis y su acompañante anduvieron sin prisa por senderos y vericuetos, hasta la falda del alto retiro.

Natalia, sola con sus pensamientos, salió a la terraza de su mansión, y paseaba en ella su melancolía.

Luis, al verla, separóse del campesino, agradeciéndole su amabilidad en haberle proporcionado tan grata ocasión de ver a Natalia, y presuroso acercóse a ella.

La Duquesa, no reconociendo, desde lejos, a Luis, bajo su nueva indumentaria, temió una hazaña de cualquier loco de las inmediaciones, y huyó despavorida hacia el interior del castillo.

Luis no se detuvo hasta el umbral de la pieza en que se hallaba expectante la Duquesa,

y desde el mismo pronunció el nombre de la mujer amada.

—Natalia... soy yo... ¿no me reconoce usted?

La Duquesa abrió desmesuradamente los ojos y, reaccionando, e impulsada por la sincera pasión que latía en su pecho por Luis, le tendió sus brazos, al tiempo que avanzaba hacia él.

Luis, ebrio de ventura, arrojóse en ellos y besáronse con loco afán.

—¿Pero es posible? ¿Hasta tal extremo llegó su amor?—decía la Duquesa.

—Si usted... si tú eres mi vida ¿cómo iba a poder vivir sin ti? ¿Dime que me esperabas!...

—Sí, Luis, ansiaba volver a verte... porque eres el único hombre a quien amo... y el primero que despertó mi corazón.

—¿De veras, Natalia mía?

Mas poco iba a durar el dulce idilio...

En efecto, Pick y el Barón, apenas llegados cerca del castillo del Nido de Aguilas, en avión desde Niza a Ajaccio, se dirigieron al encuentro de su cómplice, y la sorprendieron con Luis.

Los dos hombres se abalanzaron al millonario, gritándole a Natalia, que no pudo defenderle debido a la emoción de la sorpresa:

—¡No nos es necesario su concurso! ¡Nos

bastamos los dos solos para arrancarle a éste su dinero, e imponerle a usted silencio!

Luis luchaba con denuedo con los bribones, pero éstos le llevaban ventaja.

Al fin, pudo Natalia pedir auxilio.

El Barón forcejeaba con ella, para amordazarla.

Acudieron los dos viejos criados del castillo.

Como medida de precaución, los miserables huyeron hacia el dormido monte, llevándose a Luis.

El campesino que acompañara a éste al castillo, oyó los gritos de Natalia y, descubriendo los hechos, se puso de parte de su huésped, peleándose con uno de los caballeros de industria.

Ciego de ira, Pick descargó su revólver sobre Luis, sin que nadie pudiera impedirselo, y éste quedó tendido en el suelo, mal herido.

Con la intervención de algunos vecinos, se redujo a la impotencia a los culpables, entregándolos luego a la justicia para que se les aplicara el merecido castigo.

—¡Pronto! ¡Llévenle al castillo, y que avisen a mi médico!—ordenó la Duquesa sosteniendo la cabeza de Luis con sus manos.

—¡No, señora Duquesa: es nuestro huésped

y somos, por consiguiente, los llamados a cuidarle!—dijo el noble campesino.

Y Luis fué asistido en el humilde hogar en que con tanto cariño le acogieran.

* * *

En París, esperando el regreso o noticias del fugitivo hijo y esposo, hallábanse aún, sumidos en la horrorosa tristeza que se supone, don Evaristo y Alicia.

La relación de un periódico del suceso ocurrido en Córcega a Luis, llenó de inquietud el alma de sus dos parientes.

Don Evaristo había leído, primero para sí, y luego en voz alta, lo siguiente:

El conocido multimillonario don Luis Barclay fué anoche atacado por una banda de malhechores en las cercanías de Ajaccio.

Los campesinos de los alrededores acudieron en su auxilio, y lograron detener a los bandidos, que se hallan encarcelados.

Durante el curso de la lucha fué herido gravemente por un proyectil el señor Barclay, cuyo estado inspira serios temores.

—¡Oh, papá! ¡Tengo miedo!—profririó temblorosa Alicia.

El viejo padre se impuso a sí mismo:

—¡Ten valor, hija mía! Hoy mismo partiremos para Córeega.

.....

Luis permaneció unos días privado de conocimiento, entre la muerte y la vida.

Afortunadamente, el médico requerido para curarle salvó el peligro.

Natalia no se separaba apenas de la cabecera del lecho del enfermo.

Pero el doctor había dicho aquel día que desde aquel momento en adelante el paciente necesitaba un reposo absoluto, pues la crisis había pasado y un sueño reparador tonificaría sus nervios, y la Duquesa se disponía a salir del dormitorio del infeliz.

En este momento, don Evaristo y Alicia llegaban a la masía, presentándose al campesino como... parientes cercanos del herido.

Introducidos cerca de Luis, que descansaba, don Evaristo y su nuera sorprendiéronse al ver a Natalia.

El viejo padre la reconocía...

En cuanto a Alicia, su instinto de mujer le indicó que la que tenía delante era la causa de todos sus males.

La Duquesa, en cambio, no sospechaba quién era Alicia.

Y las dos mujeres cambiaron una terrible mirada de rencor reconcentrado.

El médico, que seguía aún en la casa, hizo sentir a todos el peso de su autoridad:

—¡Ea! ¡Márchense todos de la habitación! Es indispensable que, al despertar, encuentre en torno suyo paz y calma absoluta.

La primera en salir fué Natalia, que sonrió con aire de triunfo al oír pronunciar su nombre por el herido durante el sueño...

Alicia salió detrás de la Duquesa, a quien detuvo para suplicarle:

—¡Señora... yo se lo ruego... retírese de esta casa!

Natalia no la hizo el menor caso, e iba a regresar a su castillo,

—Pero, ¿no soy yo su esposa?—protestó Alicia.

—¿Su esposa ha dicho usted? Y bien: ¿no soy yo, por ventura, la mujer a quien él ama?—respondió fríamente la aventurera.

Alicia arrodillóse a los pies de su rival y le



Y las dos mujeres cambiaron una terrible mirada de rencor reconcentrado.

imploró:

—¡Hágalo por caridad!... Muy pronto voy a ser madre... ¡Tenga piedad de su hijo!

Natalia se sintió vencida por las lágrimas de Alicia, y ante la idea sublime de la mater-

nidad, un noble impulso de piedad germinó en su corazón...

—Enjague sus lágrimas, señora. Yo ignoraba... Pero le prometo solemnemente que haré que su marido vuelva, contrito, a sus brazos.

—¡Oh, señora! ¡No es usted tan mala como me contaron!

Luis renacía a la vida. Siguiendo las severas prescripciones del doctor, no había visto ni a Alicia ni a Natalia durante su larga enfermedad.

Trancurrieron muchos días, y ya se hallaba Luis en franca convalecencia, cuando una tarde apacible, Natalia entró en el hogar de los campesinos para verle.

La entrevista fué a solas.

Así que la vió, Luis hizo ademán de levantarse para echarle los brazos al cuello. Ella le cortó el gesto.

—¡Cuidado, amigo mío! ¡Es preciso todavía evitar las emociones!

—Si ya estoy bien, Natalia... El médico me dió ya de alta...

—Aun es temprano... Espere un poco más... Todo lo bueno se hace desear largo tiempo... y yo me considero algo que vale la pena de conseguir, ¿no lo cree usted así?

Luis extrañóse del lenguaje que empleaba Natalia, y que le desconocía.

Ella prosiguió, abandonándose a las palabras sin refinar y a los gestos sin pulir.

—Con el permiso de usted, voy a tomar una copita de este vino generoso.

Luis la vió cómo llenaba la copita y la sorbía de una sola vez.

Y así una y dos y tres veces...

Eso no fué todo. La Duquesa quería ir hasta el fin:

—Y ahora, amigo mío, hablemos de negocios... ¡Es la prosa de la vida... pero es imprescindible desgraciadamente! ¿Qué ha sido de los millones que iba usted a ofrendarme juntamente con su amor?

—¡Pero si nada poseo... se lo di todo a mi padre!

—¿Nada?... ¿Y qué haría yo con un hombre sin dinero?

—Pero, ¿acaso nuestro amor no vale mil veces más que todas las riquezas de este mundo?

Natalia lanzó burlonas y sonoras careajadas, seguidas de insultos para Luis:

—¡Mentecato!... ¡Pobretón!... Pero ¿es que soñabas?

—¿Qué dices, Natalia? ¿A qué viene esa risa ahora? Por ti lo he sacrificado todo, ¿lo oyes? Por ti estuve en trance de muerte. ¿En-

tonces tú también sólo querías de mí mi dinero? ¡Ah, miserable!

Natalia se hizo atrás. Las manos de Luis buscaban, vengativas, su cuello.

—¡No, no te mato! ¡Te desprecio, te odio por todo el mal que me has hecho!



—*¡Pero si nada tengo.. se lo di todo a mi padre!*

La Duquesa no podía más y fuerza fué que saliera a reaccionar fuera de la casa.

Luis, desengañado, maldecía el nombre y el recuerdo de la aventurera.

Mientras ella, después de representar de

una manera admirable aquella burda comedia que implicaba para ella el sublime sacrificio del amor más sincero de su vida, lloraba amargamente.

Luis, a través de los barrotes de una reja vió tan dolorosa escena, y emocionóse profundamente.

Siguió mirando, y contempló a pocos pasos cerca de su observatorio, a Alicia y a Natalia en conversación.

Comprendía lo que había motivado la de otro modo incomprensible conducta de la Duquesa y una gratitud infinita se apoderó de su corazón.

Era una lección para él.

Además, el viento murmuró a sus oídos la frase de despedida de Natalia a Alicia:

—Señora, allí tiene usted a su marido. ¡Se lo devuelvo... por su hijo!

Y luego la reflexión, el vivo contraste de lo que él juzgaba inicuo egoísmo de Natalia con la sublime inocencia del hijo que aguardaba, operaron un cambio radical en Luis.

Y cuando entró Alicia, con cierto temor, en la casa, en la que le encontró solo—todo estaba convenido—, Luis, avergonzado y arrepentido, se postró de hinojos ante ella, y le imploró:

—¡Perdón, Alicia mía! ¡He sido un loco!

La nueva y sólida felicidad de Luis y Alicia—con el deseo puesto en el hijo que se



—¡Perdón, Alicia mía! ¡He sido un loco! anunciaba—y del viejo padre, que también perdonara, y cuya ilusión consistía en verles dichosos, ahuyentó las sombras fugaces que destrozan vidas y corazones.

Pero, como en justicia se merecía, sólo una sombra mantendríase siempre en la mente de

Luis: el recuerdo de una mujer que no pudo ser mala con él y a quien acaso había regenerado la dolorosa aventura.

Veneraría su memoria, como se venera la remembranza de un ser querido a quien no hemos de ver más.

FIN

(Prohibida la reproducción)

Revisado por la censura militar.

El éxito obtenido por

DE MUJER A MUJER

Décimo libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

y por

LA INHUMANA

Quinto libro de la Colección de Obras Maestras de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA son de los que acreditan a una casa editora que tiene interés en complacer a sus clientes.

¿Tiene usted ya en su poder estas dos obras?

PRÓXIMO NÚMERO: La delicada novela de amor

Una flor del camino

Intérpretes principales:

FRANK MAYO y VIRGINIA VALLI

INTERESANTE ARGUMENTO

Postal-fotografía-regalo:

ARLETTE MARCHAL

Precio: 25 céntimos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos miércoles.

En toda España.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2. El Valle Florido, 3 edic. 3. Amor de madre, 3 edic. 4. La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5. La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7. Una mujer, 3 edic. 8. Pesadillas y supersticiones, (extra), 3 edic. 9. Desinterés, 3 edic. 10. El Hábito, 3 edic. 11. Jimmy Sansom, 3 edic. 12. La primera novia, 3 edic. 13. El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 edic. 14. El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic. 15. La Tormenta, 3 edic. 16. Flor de amor, 3 edic. 17. La Pantera Negra, 3 edic. 18. Bajo dos banderas, 3 edic. 19. Corazón de lobo, 3 edic. 20. Sueños juveniles, 3 edic. 21. El mundo y la mujer, 3 edic. 22. Corazones humanos, 3 edic. 23. El premio gordo, 3 edic. 24. La desconocida, 3 edic. 25. Robín de los bosques (extra), 3 edic. 26. La Verdad Desnuda, 3 edic. 27. El octavo no mentir, 3 edic. 28. Cleo la francesita, 3 edic. 29. La hija del pasado, 3 edic. 30. La chica del taxi, 3 edic. 31. La hija de los traperos, 3 edic. 32. El príncipe escultor, 3 edic. 33. Llovido del cielo, 3 edic. 34. Mujeres frívolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36. Sapho, 3 edic. 37. Directo de París, 3 edic. 38. Lo que vale una mujer, 3 edic. 39. El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40. La sombra del padre, 3 edic. 41. Madame Morland (extra), 3 edic. 42. Un juego peligroso, 3 edic. 43. De maj agüero. 44. Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45. El delincuente. 46. La hija del Arrabal. 47. El rancho del oro, 3 edic. 48. El falsario. 49. De los confines del silencioso Norte. 50. Entre hielos. 51. La Rosa de Nueva York (extra), 2 edic. 52. El precio de la belleza. 53. Contra viento y marea, 2 edic. 54. No me olvides, 2 edic. 55. En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56. Sacrificio de amor. 57. Eugenia Grandet, 2 edic. 58. La Bohème (extra) 3 edic. 59. ¡Pobre Violeta! 60. Realidades de lavada, 61. ¡Estaba escrito! 62. Las dos huérfanas, 4 edic. 63. El pescador de perlas. 64. a sin ventura (extra) 3 edic. NUMERO ALMANAQUE. 65. La pequeña parroquia. 66. Frou-Frou. 67. La

Famosa señora de Fair. 68. La apuesta sensacional. 69. El Secreto del Polichinela (extra). 70. La Quinta Avenida. 71. El duodécimo mandamiento. 72. Maruxa. 73. La hija del Nuevo Rico. 74. ¿Por qué cambiar de esp. sa? (extra). 75. Relámpago. 76. La Dolores. 77. Como la arena. 78. La cuna vacía. 79. El encanto de Nueva York. 80. Borrascoso amanecer (extra) 81. Rosario la Cortijera. 82. La pelícala sin título. 83. Una mujer como otra cualquiera. 84. Todos los hermanos fueron valientes. 85. La batalla (extra). 86. Espejos del Alma. 87. Gloria fatal. 88. Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89. Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90. El muchacho de París. 91. Las sentencias del Destino, (extra). 92. Redención. 93. Alma de Dios. 94. La señorita del pelo corto. 95. Las hijas de los hombres ricos. 96. El novelista y su esposa (extra). 97. La puerta cerrada. 98. Una pobre maniquí. 99. A todo trance. 100. ¿Por qué tanta prisa? 101. La Casa de la Selva (extra). 102. La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERA). 103. En busca de la felicidad. 104. El buen camino. 105. Amor de árabe. 106. El puño de rosas. 107. El Milagro (extra). 108. Risas y lágrimas. 109. El Nido de Amor. 110. La venganza de una hermosa. 111. Juez de sí mismo. 112. El caballero sin tacha (extra). 113. I Pagliacci. 114. La isla maldita. 115. Domador por amor. 116. Fruta prohibida. 117. Veredicto de inculpabilidad. (extra.) 118. Calvario de amor El Ladrón de Bagdad (ESPECIAL) 119. El arte de ser distinguida y encantadora. 120. La dama de las Camelias. 121. El Murciélago. 122. El sargento O'Malley. 123. Resp. tad a la mujer, (extra.) 124. La muñequita de Francia. 125. El amigo de su mujer. 126. Lo que toda mujer sabe. 127. El capricho de una dama. 128. Cancion de amor (extra). 127. La mariposa que se quemó las alas. 130. Pecado de juventud. 131. Scaramouche. 132. Siempre audaz. 133. El hijo de Flandes. 134. Sombras que pasan. (extra).

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Franck Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon

Girard. 21. June Caprice. 22. Sessue Hayakawa. 25. Alice Brady. 24. Georges Biscot. 25. Hesperia. 26. Harry Carey. 27. Mary Miles Minter. 28. Charles Ray. 29. Ruth Roland. 30. William Duncan. 31. Pola Negri. 32. Wallace Reid. 33. Elena Makowska. 34. Jorge Walsh. 35. Viola Dana. 36. Camilo de Riso. 37. Alice Terry. 38. Hoot Gibson. 39. Clara Kimball Young. 40. Lee Moran. 41. Maria Jacobini. 42. William S. Hart. 43. Tsuru Aoki. 44. Herbert Rawlinson. 45. Betty Compson. 46. Jackie Coogan. 47. Dorothy Dalton. 48. Larry Semon. 49. Mabel Normand. 50. Gustavo Serena. 51. Marie Dupont. 52. Alberto Capozzi. 53. Leatrice Joy. 54. Charles Hutchison. 55. Gloria Swanson. 56. Rodolfo Valentino. 57. May Mac Avoy. 58. Mario Bonnard. 59. Eva May. 60. Milton Sills. 61. Margarit Livingsgton. 62. Ermete Zacconi. 63. Mae Murrav. 64. "Snub" Pollard. 65. Bebé Daniels. 66. William Farnum. 67. Catalina Williams. 68. Alberto Collo. 69. Lillian Gish. 70. Max Linder. 71. Hope Hampton. 72. Thomas Meighan. 73. Mary Philbin. 74. Ramón Navarro. 75. Alla Nazimova. 76. Tullio Carminati. 77. Virginia Valli. 78. Eric Von Stroheim. 79. Ruth Miller. 80. Will Rogers. 81. Jacqueline Logan. 82. Tom Moore. 83. Bessie Love. 84. Wesley Barry. 85. Mme. Robinne. 86. Lon Chaney. 87. Corinne Griffith. 88. Douglas Fairbanks (hijo) Polo (Especial). 89. Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90. Jack Pickford. 91. Italia Almirante Manzini. 92. Douglas Mac-Lean. 93. Mlle. Madys. 94. Johnny Jones. 95. Marguerite de la Motte. 96. Morman Kerry. 97. Elinor Fair. 98. William Russell. 99. Patsy Ruth Miller. 100. Emilio Chione. 101. Marie Osborne. 102. Lewis Stone. ANGEL GUIMERA (especial). 103. Mildred Harrys. 104. Charles de Roche. 105. Enid Bennet. 106. Buddy Messinger. 107. Lois Wilson. 108. Elliot Dexter. 109. Geraldine Farrar. 110. Gareth Hughes. 111. Katherine MacDonald. 112. Earle Williams. 113. Ginette Maddie. 114. John Barrymore. 115. Louise Lorraine. 116. Febo Mari. 117. Mae Marsh. 118. Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119. Fritz Ridgeway. 120. George Hackathorne. 121. Alma Bennett. 122. House Peters. 123. Bárbara Bedford. 124. Forrest Stanley. 125. Vera Vergani. 126. Monte Blue. 127. Billie Burke. 128. Jack Holt. 129. Dorothy Phillips. 130. Malcolm Mac-Gregor. 131. Ossi Oswalda. 132. Mahlon Hamilton. 133. Lucy Doraïne. 134. Léon Mathot.

Precios:

Números corrientes 25 céntimos

» extraordinarios 50 céntimos